



Madrid COMICO

Director: SINESIO DELGADO

CELSO LUCIO



De autor le dieron
fama y prestigio
*Un vaso de agua, Claveles dobles
y El carro frigio.*

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Fábula, por José Estremera.—El día de difuntos, por José López Silva.—La sopa está en la mesa, por F. Serrano de la Pedrosa.—Especialista en sueños, por Juan Pérez Zúñiga.—Una cuestión, por Eduardo de Palacio.—Amores eternos, por Sinesio Delgado.—Lobo y lobo, por Ángel María Segovia.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Celso Lucio.—Robo con fractura.—Anuncios, por Cilla.



No es solamente en la Alhambra donde la juventud se entrega al baile con entusiasmo.

También hay bailes en varios salones *sitos* en la plazuela de la Paja y calles de la Cabeza, Gato, Carnero y otras no menos reputadas de esta corte.

Pero hay que ver con quién se baila, porque no todos los bailarines tienen el necesario aseo.

—Se pone usted una bata limpia—nos decía ayer una joven que baila todos los domingos,—y cuando sale usted del baile está la bata que no se puede ver, porque algunos hombres son muy gorrinos y le dejan á una marcados los cinco dedos en la cintura.

Cuando la chica es cuidadosa, lo primero que hace es decir á su pareja:

—Joven, ¿tiene usted las manos limpias por una *vasualidá*?

—Según para lo que sea.

—Envuélvase usted la mano en un pañuelo, porque va usted á mancharme el vestido y después no hay quien le «saque cara.»

Á estos bailes de sociedad asiste muy buena gente: chicos del comercio y de la industria y chicas honestas, de diferentes ramos; pero á los bailes públicos acuden muchas damas de moralidad equívoca y muchos calaveras de profesión, que se emborrachan previamente en el café con una chica de cerveza clara y entran en el baile metiendo bulla.

Los bastoneros ya les conocen y suelen pararles los pies dándoles cuatro ó cinco *metidos* con disimulo, para que se enteren ellos solos y abandonen la calaverada. Algunas veces no bastan los metidos y tiene que intervenir la pareja, que conduce al calavera á la prevención; entonces éste vuelve en sí y se presenta tal cual es á los ojos de la autoridad, diciendo con acento humilde:

—Señor inspector, yo soy un chico de bien y no me gusta faltar á nadie. Lo que hay es que he bebido cerveza y no estoy acostumbrado. Hágame usted el favor de soltarme, porque si me presento en casa después de la una, me va á pegar mi familia.

—¿Por qué ha producido usted escándalo?

—Porque me gusta hacer el calavera, pero tengo muy buen corazón y en cuanto me pegan ya me tiene usted abatido.

Hay chico de éstos que en cuanto llega á la prevención, es recibido por los vigilantes con estas palabras:

—¡Vamos! Ya está aquí el bromista de todos los bailes.

—Servidor de ustedes.

—¿Se pone el parte para el juzgado?—pregunta un guardia al inspector.

—No—contesta la autoridad:—dale una patada floja en el vientre y ponte en libertad.

Casi todos estos calaveras usan navaja y á cada momento la están sacando... para cortar el salchichón y para limpiarse la dentadura.

Para todo, menos para evitar las bofetadas.

Pocas son las jóvenes que sacan novio de los bailes de máscara. Los chicos bailarines no suelen ser consecuentes; hoy declaran su pasión, al otro día exigen á la mujer sacrificios terribles y al otro la abandonan.

Hay alguno, sin embargo, que entabla relaciones con buen fin, y está hoy tan enamorado como el primer día, pero no puede fijar la fecha de la boda.

—Gabino, es necesario que esto concluya—dice la madre de la joven.—La niña está perdiendo los mejores años de la juventud, y por usted ha dejado de casarse con un chico viola de la Sociedad de Conciertos, á quien conocimos en el baile de la Zarzuela, y viene á sacar diez y ocho reales un día con otro.

—Yo me hago cargo de las cosas, D.^a Baldomera—responde el galán;—pero mientras viva mi madre, no me atrevo á darle ese disgusto; ya ve usted, la pobre no tiene en el mundo á nadie más que á mí, y además es coja.

—Eso último ya lo sabíamos por la portera y nos ha disgustado bastante.

—Yo soy el báculo de su vejez, y si la dejo es capaz de casarse ó de hacerse hermana de la caridad.

—La chica sufre al ver que se aleja el día de su matrimonio y empieza por aborrecer el cocido y por no querer tomar la leche de burras, que le ha recetado un médico militar amigo de la familia.

—Anda, Jacoba—dice la mamá.—Come estos garbancitos, que te estás desmejorando mucho.

—No exija usted de mí ese sacrificio.

—¿Quieres que te los pase por la sartén?

—¡Jamás!

—¿Pero vas á vivir sin sustento?

—¡Ojalá me muera!

—La culpa no la tienes tú, sino ese mono de Gabino. Yo creí que era un chico independiente, porque todo se le volvía mudar corbatas y decir que comía langosta y queso de Roquefort, y ahora resulta que no tiene resolución para nada y que está anémico.

Nada perjudica tanto á las jóvenes solteras como unas relaciones largas, y hay alguna que se ha quedado en la espina.

—Nemesia, usted no crece. Nemesia, usted no se desarrolla—se le dice en el seno de la confianza; y contesta la mamá:

—Porque es toda corazón. Ya sabe usted que está en relaciones con Paco desde Julio del año 85, y cada año que pasa pierde seis ó siete libras de robustez. Ahora no pesa más que diez y nueve kilos y medio... ¡Ay! Si viera usted cómo se le han quedado los vestidos!

—¿Viejos?

—No, señor, anchos. Da lástima verle la columna vertebral. Parece un sable.

LUIS TABOADA.

FÁBULA

—Muy buenas, *compare* lobo.

—*Compare* loba, muy buenas.

—¿Es cierto lo que se dice?

—¿Es cierto lo que se cuenta?

—Usted dirá, *comarita*.

—Pues andan con la monserga

de que unos cuantos de ustedes

que viven en esa sierra

han hecho una sociedad,

ó cosa así, *pa* defensa

de los *ganaos*.

—Es *mu* cierto.

—Y que todas las ovejas

de estos contornos están

retoyando de contentas,

y que *así* se meten

de patas en esa empresa

con *usted*, y están seguras

de vivir para in *eternam*.

puesto que *usted* no consienten

que nadie se llegue á ellas.

—Todo es cierto, *comarita*;

ya sé que hay á quien le pesa

que formemos sociedades

protectoras y benéficas,

pero á nosotros... pues como

si no les pesara.

—Venga

acá, *comarita*, que eso

no tiene pies ni cabeza.

—Esa es la ruina de todos.

—¡La ruina! ¡Pues bueno *inaera*!

—Si á las ovejas ustedes

defienden, al hacer esa

sociedad, ustedes mismos

¿qué van á comer?

—Ovejas.

JOSÉ ESTREMEIRA.

EL DÍA DE DIFUNTOS

—Se empeñó en ir al Este la Dolores á llevarle una vela á Baldomero, que fué quien la trató familiarmente antes que nadie, y como yo, aunque tengo este modo de ser y estas creencias algo desagerés, también comprendí

que deben respetarse en ciertos casos todas las cosas dignas de respeto, como son los difuntos, verbis en gracia, la dije: —Puedes ir, pero te advierto que en cuanto que te acerques y te veas con los ojos pringaos te zarbo el cuerpo, porque estás como estás, y no tendría ni tanto así de gracia un contratiempo. —¡Ahí pero ¿es que otra vez?...

—Así parece.
—¿No eres manco, Ramón?

—Ya estoy en eso.
En fin, el caso finó que al ver la Lola que yo no la ponía impedimento, se arregló medio kilo de livianos que estaban preparaos para el almuerzo, y en seguida fué y se hizo una tortilla de escabeche de atún, pero hecha al pelo, lo cual que me chocó, porque en tres años que hace que la sufrago el alimento, no había notao yo que se viniera con esa habilidaz.

—¿Anda, salero!
Pues si en jamás ha habido en el distrito de la Inclusa mujer con tanto mérito como ella pa esas cosas. Sobre todo cuando era más soltera...

—Reasumiendo:
que cogió la tortilla, los livianos y un frasco regular de *anis Quevedo*, que aquí pa entre nosotros es un líquido dizno del mismo Dios por toos concetos, y unas veces á pie y otras andando, pa no rendirnos mucho, nos tiremos la carretera de Aragón arriba con las bocas cerrás como dos muertos. Yo llevaba la vela con un rótulo colorao que decía: «A Baldomero, su esposa fracasá, Dolores Trápita,» y debajo: «Posdata. Un compañero al difunto, que esté en la santa gloria. Amén, Jesús, y he dicho.»

—Por supuesto que á pesar de que tú la amenazastes ella iría afeztá.

—Se iba vertiendo talmente por los ojos, que aunque en vida tuvo el finao aciones de cochero con too bicho viviente, á mí me costa que á ella la tiene daos ratos muy buenos, y la chica será lo que tú quieras, pero ingrata no lo es.

—¿Qué tíe que serlo!
—Bien, pa no divagar; que atravesábamos el puente de las Ventas, cuando en esto va la Lola y me dice: —Espera un poco, que voy á aquel desmonte y ahora vuelvo. Conque yo me esperé, naturalmente, y me estaba rascando pa hacer tiempo, y pa ver si además me se quitaba esta inquietuz que casi siempre tengo sin saber por lo que es...

—Eso es la sangre.
—No me cortes el hilo.

—Sigue.
—Bueno.
Pues estando en el puente de esta forma, me se ocurrió mirar al merendero vulgo denominao de «La Alegría,» y oí que me llamaban desde dentro y me dió en la nariz olor á mosto y vi mozas, guitarra y movimientos de caderas pa abajo y dije: —¡Ay, niño, pa mí que tú no vas al cementerio! Conque volvió la Lola al poco rato algo más animó; la conté aquello y la dije después: —Mira, Dolores, tendrá que dispensarnos Baldomero, porque á mí me se ha puesto en la cabeza bailar contigo un chotis, por ejemplo. Ella dijo: —¡Ramón, qué cosas tienes! Y yo, que en realidad sí que las tengo, me empeñé en que accediera motur propio. ¿Que sí? —¿Que no! —¿Que bajas! —¿Que no quiero! —¿Que te doy con el cirio en las narices!... Me ojeté, la ojeté, nos ojetemos dos ú tres veces más en buena forma, como gente educá con cierto esmero, y accedió la mujer al fin y al cabo y yo hice lo que quise, por aquello de que uno casi siempre queda encima del ser más débil.

—Cosas del progreso.
—Total, que los que estaban en la juerga

me conocían toos. Conque juntamos el anís, la tortilla y los livianos con las chapuzas que llevaban ellos, y se armó la primera cochipanda que se ha visto en las Ventas hace tiempo, y el baile non después de la comida, y... tú, que no has venido ayer del pueblo, ya puedes calcular.

—Sí, ya calculo.
.....
—Cinco minutos más ú cinco menos, si las once volvíamos á casa rezando por el pobre Baldomero (que estará echando pestes de nosotros, con la mar de razón); nos acostemos pa ver si descansábamos un rato y ¡lo que es el tener remordimientos interiores y hacer acciones sucias, Damian!

—¿Qué sus pasó?
—Que no peguemos ni un ojo tan siquiera en toa la noche, y me tove que estar contando cuentos hasta las seis y cuarto.

—Pues no vuelvas á jugar con las cosas de los muertos.
—¿En jamás! Otra vez agarro el cirio, que aquí, pa entre nosotros, ya está negro de tanto ir hacia allá sin llegar nunca, y aunque se empeñe el Sumo, se lo llevo al finao en persona.

—Paé que faltes.
—¿Antes que faltar yo me cortan esto!
—¿Y si ves una juerga en el camino?
—Voy con gafas ahumás, y no la veo.

J. LÓPEZ SILVA.

LA SOPA ESTÁ EN LA MESA

Yo era genio.
No crean ustedes que soñaba. Había llegado á mi casa muy cansado; había sostenido una discusión con el sastrero sobre cuál de los dos aguardaba el dinero con más impaciencia: si yo para pagarle, ó él para *hacerse pago* (textual); y, por último, había soportado la lectura de un artículo consecutivo á una catástrofe (que nunca vienen solas) y que empezaba con el consabido: «Se nubla nuestra vista, tiembla la pluma en nuestra mano y rómpe-se en pedazos el idioma al pasar por nuestra garganta para aullar lúgubrementé sobre las ruinas del infortunado pueblo de...»

Y con los pies sobre la tarima del brasero, entornados los ojos y tecleando en la mejilla con los dedos de la mano derecha... me encontré genio de pronto.

Tuve el buen acuerdo de no alarmar á la familia con la noticia y decidí gozar yo solito de tanta dicha, durante los quince ó veinte minutos que habian de tardar en llamarme á la mesa.

Y así como amodorrado, pero en realidad más despierto que un miedoso, verán ustedes lo que me fué pasando.

¡Digo, si estaba despierto! ¡Como que se la estaba pegando á mí mujer!

Yo no había de ser menos que cualquiera de «los pocos genios que en el mundo han sido;» y ya se sabe que los españoles, en cuanto llegan á genios, se hacen amigos de una gorda. No pueden renegar de la sangre árabe, y no parece sino que alimentan á sus amigos con esas bolas de alcauzuz que tragan las moras para ponerse como fenómenos. Y si llega á enterarse la *legítima* y les arma la gorda, ya son tres bien contadas; y el genio entra en el mahometismo francamente.

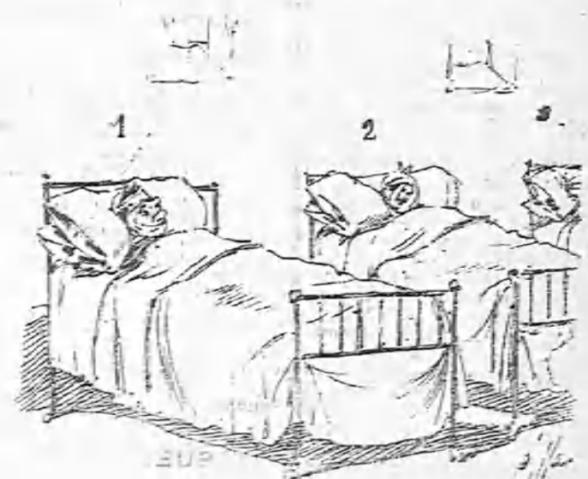
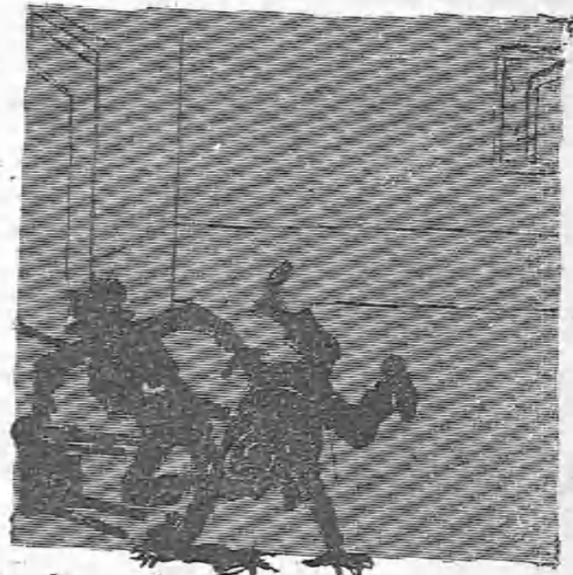
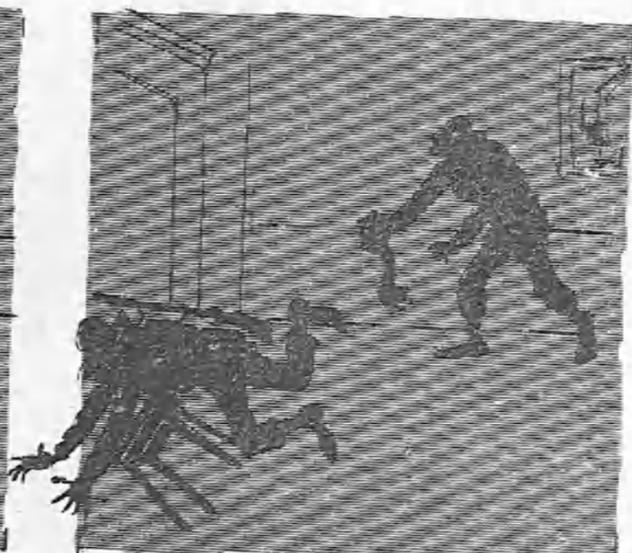
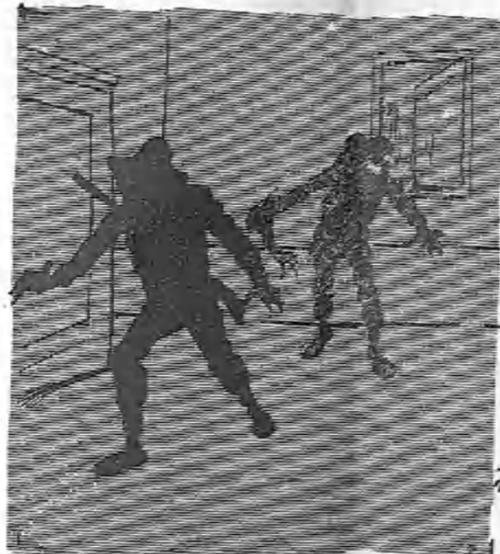
Pero esto no hace al caso: baste saber que *la virgen de mis sueños* era de lo más cloro-anémico y escurridizo que pasea por Recoletos la cucharada de aceite de hígado de bacalao.

Verdad es que no era yo un genio como los demás.

Mi fama había traspuesto las fronteras, mis obras habían sido impresas en todas las lenguas vivas y parte de las moribundas; el yeso, el mármol, el bronce, la fotografía, el grabado, el cromo y hasta los cuadros de pelo reproducían mi figura, conocidísima en las cinco partes del mundo; los escritos de mis contemporáneos estaban llenos de citas y de frases sacadas de mis obras; los pintores se inspiraban en mis libros reproduciendo en el lienzo la escena más interesante ó el tipo más popular; gente para mí desconocida me saludaba en la calle; un día cada semana daba audiencia á los principios y á las notabilidades artísticas del extranjero que tenían á conocerme personalmente; dedicaba media hora todos los días á repartir monedas de cinco duros entre estos poetas de veinte años que se lavan la cara con tinta y mojan la pluma en la jofaina, y prohibía terminantemente á mi cocinero que me sirviese los platos de última invención que llevaban mi nombre en los *menús* de las fondas y casas de comidas.

No hay para qué decir que gozaba del placer de los dioses, tratando á puntapiés á los bribones de los editores que habían

ROBO CON FRACTURA



Aventuras y trágico fin de dos ladrones desgraciados.

rechazado mis obras cuando nadie me conocía, y que de vez en cuando me daba el gustazo de trastornar el encasillado del ministro de la Gobernación, haciendo diputado por mi provincia natal á quien me daba la gana.

En fin, vamos á lo importante.

Era yo visitado, como queda dicho, por franceses, italianos, alemanas, ingleses, americanos, rusos, chinos y otras especies, y seguía el procedimiento de Víctor Hugo por ser el más cómodo. Empezaba el desfile, una vez colocado yo junto á una mesa en actitud de estatua, y anunciaban á un italiano.

Yo dirigía los ojos al cielo y exclamaba:

—¡Oh, el Dante!

El italiano daba una cabezada, pasaba y era anunciado un inglés.

—¡Oh, Shakespeare!—exclamaba yo.

Entraba un francés:

—¡Oh, Voltaire!

Pero acertaba á pasar un visitante nacido en Bulgaria ó en Servia, ó en Andorra, y entonces, puestos los ojos en blanco, exclamaba solemnemente:

—¡Oh, la humanidad!

Estos infelices se marchaban tan satisfechos. Al italiano le parecía en aquel momento que Dante era tío suyo, y el inglés sonreía al pensar que alguna de sus abuelas pudo muy bien conocer á Shakespeare y aun recibir de él un poquito de inspiración para la familia.

No estaba yo tan contento con los que obtenían una audiencia y con ella derecho á diez minutos de conversación.

Aquellos señores habían alimentado la esperanza de hacerme una visita desde que concibieron la idea de salir de su país; y conociendo muy poco nuestro idioma, se habían hecho la cuenta siguiente: «Yo le diré esto, y él me contestará lo otro; entonces yo le replicaré tal cosa, y él me dirá tal otra.» Es claro que mis contestaciones estaban dentro de las pocas palabras de mi lengua que ellos conocían; y es claro también que el primer tapón de ellos era contestado con una *sarapa* mía. Y se quedaban desconcertados.

Cambié de sistema.

Me propuse adelantarme á ellos; hablar yo antes y echar la conversación por donde me conviniera. Pero ¿por dónde?

Hablar exclusivamente de artes, de caracteres, de estilos, de desenlaces y de las ventajas del traidor que gasta aguja de estetero sobre el que emplea el vidrio molido administrado en una tortilla á las finas hierbas, era pedantesco hasta lo insostenible y era poner cátedra de literatura sin sueldo.

Resolví hablarles con la mayor llaneza de las cosas más vulgares: del tiempo reinante, de los buenos platos, de las muchachas guapas y de lo que fatigan las escaleras.

¡Qué dicha la mía! Había encontrado la cuadratura del círculo. Mis visitantes salían satisfechísimos y yo no lo estaba menos que ellos.

Pero todo paraíso tiene una serpiente, y yo no había contado con un caballero de estos que no escriben libros, pero *los inventan*; y lo mismo hacen dinero con *La verdadera guía de Getafe*, que con *La conversación de Víctor Hugo ó Víctor Hugo en visita*.

Aquel bandido ganó un dínaral, sin más trabajo que venir á la puerta de mi casa á la hora de las visitas, y provisto de lápiz y cuartillas, asaltar á los que habían hablado conmigo. Ellos, por ufanarse de la entrevista, le daban cuenta de lo que habíamos hablado, y un día me sorprendió la aparición de un libro en que aquel infame había recopilado más de trescientos diálogos.

Resultaban justas y cabales seiscientas sandeces.

Figúrense ustedes el efecto que les produciría encontrar en una colección de máximas lo siguiente:

«El pescado hay que comerlo fresco.—*Victor Hugo.*»

Pues así era todo el libro.

Me di por contento comprándole la edición para quemarla; y aún tuvo el muy sinvergüenza la desfachatez de decirme:

—Ya ve usted, he tenido que limitarme á lo que usted habla en visita. Si usted fuese tan amable que autorizase á su señora para contarme lo que usted habla en la vida íntima del hogar...

Me puse en pie vociferando:

—Hágame usted ahora mismo el favor de dejarme en paz.

—¿Qué es eso?—dijo mi mujer, que venía á llamarme para comer.

—Que no se puede hablar con nadie, que no quiero recibir visitas y que el genio debe tener mal genio.

—¿Qué dices, hombre?

Después de una pausa contesté riendo:

—Y que yo no soy genio.

—¡Ay, marido, me alegro mucho!

Y nos fuimos á comer.

F. SERRANO DE LA PEDROSA.

ESPECIALISTA EN SUEÑOS

(CONSULTA DE 11 Á 13)

—Don Fortunato, ya no

lo voy pudiendo aguantar.

—Pues esa le maré ya,

señor don Pilar.

—El soñar, créalo usted,

conmigo va á concluir;

y la verdad, ya no sé

de qué postura dormir.

Unas noches me coloco

hacia arriba, otras de lado.

me estiro unas veces poco y otras veces demasiado, y, en fin, no sé á qué atenerme.

—¿Duerme solo?

—¡Qué atrevido!

No, señor; conmigo duermo

casi siempre mi marido.

¡Cuánto le tengo asustado

á mi pobrecito Polo!

—¿Y ni una noche ha pasado

sin que esté sueñe?

—Una sólo;

la noche que me casé,

ya hace un año, ó cosa así.

—¿Y á qué lo atribuye usted?

—Pues, hijo, á que no dormí.

¿Y me causa un malestar

soñar tanto desatino!...

Anoche soñé que el mar

estaba lleno de vino;

que las olas exhalaban

un olorcillo excelente;

que los besugos estaban

borrachos completamente,

y que, como á la bebida

mi esposo á entregarse empieza,

dijo: «yo soy un suicida.»

y se echó al mar de cabeza.

Antes de anoche soñé

que estaba yo hablando por

teléfono con usted.

Llamaba á más y mejor

apretando el botóncito.

—¿Y yo aquí sin enterarme!

¡Pues el tal sueño es bonito!

—Bien caro pudo costarme;

porque lo que yo cogía

y apretaba sin cuidado,

era un grano que tenía

mi marido en un costado.

—¿Y él no le dijo á usted nada?

—No, porque estaba dormido.

Pero me dió una guantada que me dejó sin sentido. Otras veces sueño cosas que me angustian y me afligen.

Sueño con chicas viciosas

que á mi esposo se dirigen;

que un ladrón que luma en pipa

en robarnos se molesta,

ó que un toro nos destripa

ó que un incendio nos tuesta.

Sueño sin saber por qué.

Ahora bien, señor doctor,

¿qué es lo que me manda usted

para que duerma mejor?

—Si el sueño es grato, no intento

cortarle, ¡tontuna fuera!

Si el sueño es indiferente,

haga usted lo que usted quiera,

y si es terrible, espantoso,

sangriento y espeluznante,

le dice usted á su esposo

que la despierte al instante.

—Y si llega á suceder

que echo la siesta algún día

en un diván, sin tener

á nadie en mi compañía,

y empiezo á soñar cualquiera

de esas cosas, ¿qué hago?

—¿Qué?

Avisa usted á la portera,

y ella la despierta á usted.

Con este procedimiento

y el bifosfato de tila,

tenga usted el convencimiento

de que duerme usted tranquila.

—¿Sin apuros?

—Sin apuros.

—Pues adiós, don Fortunato.

¿Qué le debo?

—Cinco duros.

—¡Caracoles, qué barato!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

UNA 'CUSTIÓN'

—Pero ¿qué ha sido la cosa?
—¿Qué ha de ser? Que éste es un café.

que no entiendo de palabras ni el sentido de la frase.

—Figúrese usted que entremos

yo y este amigo y compadre,

y que él, apenas nos vido,

me dice:—Toma, y sentarse

y convidale á ese joven.

Y yo dije:—Buenas tardes,

como saluda cualquiera,

más entrando de la calle.

Conque entonces nos sacaron

unas limpias de *mollat*,

y tomo la mía, y éste,

que es un *boerac* muy grande...

—¿Yo?

—¡Dale! ¡Volvemos! Sigue.

—Pues va usted á ver, señor Angel,

que, como he dicho, me asiento,

y este cabayero sale

y así, tomándome el pelo,

como el que le habla á un *cañero*,

me dice, pero qué, al bulto:

«¿Sabes qué digo, González?

Que ni tienes ropa negra

ni vas á ninguna parte.»

Esto, como usted comprende,

es para quemar la sangre,

no digo yo á un hombre entero,

sino al que tenga carácter.

—¿Y qué quieres? Esas cosas

son equivocac sociales.

—¿Equivocac! Pues, amigo,

procurar no equivocarse.

—Vamos, una chirigota

de la sociedad... de trajes.

Estamos así montados,

y el hombre que tiene un fraque,

esto con perdón sea dicho

y sin agraviar á nadie,

y una taleguia negra

y *dimba* y un par de guantes...

pues ya se sabe, Donisio,

puede entrar hasta...

—Eo la cárcel.

—En Madrid hay mucho *pinta*.

—Vamos, hombre, no alabarse.

Eso es cosa de los tiempos;

ya veis, cuando nuestros padres

vestían de hierro todos

y usaban lanzas y sables

y unos puños que á cualquiera

le dividían de un *cañ...*

Pues si malaban con lanzas

toros, en las fiestas reales,

según dico en una entriega

qué tengo yo en casa gratis.

Aquí todos somos unos

y está muy feo el faltarse.

—Usted es un hombre de juicio,

liberal y respetable.

—Bien, pues por eso sus digo

qué seámos fraternales.

—Por mi parte... ¡tenga, mozo!

—¿Una docena!

—Y callarse;

tengamos ó no vergüenza,

que todo quede en la clase.

EDUARDO DE PALACIO.

AMORES ETERNOS

Primera parte.—Alma mía, me separan de tu lado con el pecho congestionado por honda melancolía. Pero no llores por Dios! por esto que nos uneo.

pues la distancia no puede separarnos á los dos. ¡Siempre, siempre te querré! Siempre, siempre me querrás! No te olvidaré jamás y tú ya sabes por qué.

Adiós, María. Tu Vicente
no vivirá sin amarte,
ni dejará de enviarte
noticias diariamente.

— Segunda carta.— Amor mío:
¿No sabes cuánto te quiero,
ni sé cómo no me muero
de pesadumbre y de hastío!
Mi cariño será eterno.
¿Cuándo nos veremos? ¿Cuándo!

¡Ay, María, yo estoy pasando
las torturas del infierno!

Tercera carta.— Paciencia
para esperar. Es prudente
sufrir resignadamente
los disgustos de la ausencia.
.....
Pasa un día y otro día,
y María espera otra carta
en vano. Porque la cuarta...
¡no ha llegado todavía!

SINESIO DELGADO.

LOBO Á LOBO...

Se estrenaba una obra en el teatro,
el nombre no hace al caso, sino el hecho,
más mala que una nube si te coge
en el campo de noche al descubierta.
Era una obra de esas en que sastré,
polvorista, pintor y peluquero
dan al autor ó autores el renombre
de escritores de gracia y de talento;
de esas obras, en fin, que aplaude el vulgo,
que, como dijo Lope, es valgo necio,
y que suele aplaudir también la prensa
por pluma de bansán gacetero.
Yo sufría, sentado en mi butaca,
las cien majaderías del libreto;
pero, al fin, cuando el público aplandía,
batía yo mis palmas con estruendo.
—¿Cómo es eso, Segovia, usted que es franco
y dice unas verdades como templos,
por qué aplaude este libro y pide ansioso
que salgan los autores al proscenio?
—¡Ah! Porque lobo á lobo no se muerde,
y es escritor también el que ha hecho eso.
Yo sé lo que se sufre en bastidores
la tormentosa noche de un estreno;
yo sé lo que es oír ese rugido
feroz, cruel, injusto por lo menos,
que convierte el teatro en vil plazaola
cuando el vulgo al autor larga un *patío*.
¡Pobre autor! Él será mal literato,
por su libro, bien claro lo estoy viendo;
mas yo debo aplaudir, que al fin y al cabo,
superior ó inferior, es compañero;
y del éxito, acaso, de esta noche
pende el pan de mañana á sus hijuelos.
Bien está que la crítica severa
le señale en la prensa sus defectos,
mostrando al par al vulgo el buen camino,
que falta le hace, porque está muy ciego;
pero yo, desde aquí, le doy mis palmas,
igual que le daría un gabán viejo.

.....
Y mi interlocutor repuso al punto:
—Eso de *lobo á lobo*... sí que es cierto;
pero aquí, entre escritores, no es exacto;
y vea usted la prueba. ¿Son aquellos
escritores?

—Sí tal; en los carteles
de teatros se suele ver, al menos,
de vez en cuando su ignorado nombre.
—Pues vea usted lo que hacen: en el suelo
dan fuertes taconazos, dicen pestes
del libro, el polvorista y el *utrazo*;
conque mire si el lobo muerde al lobo.
—Es verdad, contesté un tanto perplejo,
pero esos no son lobos, sino zorras
disfrazadas con pieles de lobeznos.

ANGEL MARÍA SEGOVIA.



Mal está la atmósfera con los profetas.
Recordarán ustedes que un día anunció *La Correspondencia* que, según
Noherles oom, shamos á tener llovas hasta no se sabía cuándo.

Pues desde aquel día no ha vuelto á caer una gota.
Luego se acercaron varias personas inteligentes á la redacción del *collega*
y declararon allí solemnemente que el día 14 haría un frío del diablo,
tal frío que no habría otro día semejante en lo que nos quedaba de vida.
Pues... el día 14 no hizo frío.
Ahora ha dicho no sé quién, supongo que las mismas personas inteli-
gentes, que la segunda quincena de Enero va á ser bastante fresquita.
Y en eso ya puede que acierten.
Porque da la casualidad de que así ha sido todos los años.

El distinguido oculista D. Antonio Peña ha sido encargado de la sec-
ción oftalmológica en la casa de socorro del distrito de Buenavista.
¡Hombre! si es el distrito
de Buenavista,
¿todo hará falta, menos
un oculista!

Cerquita de Madrid, ahí á la salida de Segovia, ha sido apedreado un
tren.

Digamos con el otro:
—¡Los bárbaros están á las puertas de Roma!

—Vea usted, yo duermo todas las noches arrimado al quicio de una
puerta, y en Alcira se está ensayando un aparato para preservar á los na-
ranjos de las heladas. ¿No es esto una injusticia social como otra cual-
quiera?

—Amigo, ¿y qué culpa tiene nadie de que usted no haya nacido na-
ranjo?

Una aprovechada empresa de esta corte (siento ignorar el domicilio so-
cial, porque sería un dato importante) había emitido 32.000 billetes para
rifar una cajita de turrón.

Cada billete costaba una peseta.
De modo que si hubiera salido bien el negocio, el sujeto que ha tenido
tan feliz idea se encontraría con diez mil y pico de duros libres de polvo
y paja.

Pero ¡ay! los guardias han recogido la emisión y le han marchitado en
flor las ilusiones.

¡Todo por hacer competencia al Estado!

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. F. P.—Sevilla.—No podemos admitir artículos. Y si son malos,
como eso, menos.

Ciudad.—Un hombre que escribe *hojillos* con *hache* no puede tener de-
rechos políticos.

Sr. D. M. J.—Fíjese usted un poco, porque verá usted, el cantar

«Por ley de naturaleza
son modistas las mujeres
si esposas visten sus hijos
y si no visten imágenes»

no es tal cantar, porque *mujeres é imágenes* no son asonantes, ni lo parecen
siquiera. En la segunda remesa tampoco hay nada aprovechable.

Casas.—¿Cree usted que serán aceptados? ¡Ay! Creencia errónea. Ni
aquí ni en ninguna parte, aunque sea sin retribución, como usted dice.

Un *lucallo*.—¡Ah, *lucallo* inocente! ¿Dónde te diré que te *vallus*?

Sr. D. R. de la G.—Madrid.—A precio corriente, ó sea á 15 céntimos
cada ejemplar. ¿Quiere usted más rebaja?

Sr. D. J. A.—Ciudad Real.—No fueron admitidas y no se contestó
porque es imposible cumplir con todos, como sería mi deseo. No se anun-
ció el libro porque no se ha recibido.

Sr. D. V. D.—Demasiadas *interioridades* para que tengan interés.

Sr. D. G. R.—Madrid.—«Mis parientes son pastores
yo con ellos me he criado
siempre he sido desgraciado
y perseguido por ladrones.»

¿Y á que no sabe usted por qué le persiguen los *ladrones*? ¿Por haberlos
hecho consonantes de *pastores*?

El *apantafájaros*.—Versificada con cierta soltura, pero muy *estirado* el
asunto.

Mérida Mérida.—Y digo á usted exactamente lo mismo, salvo lo del
asunto. Porque ahí son muchos y no están *estirados*, pero en cambio ado-
lescen de vulgaridad palpable.

Un *escribidor novel*.—¿Y tan novel! Como que parece que empieza á hacer
pinitos ahora. Veremos más tarde.

Sr. D. J. V. L.—Muy vulgar también. Fíjese usted además en que los
versos siguientes son asonantados y hacen un efecto de mil demonios:

«hacían del objeto
de mis deseos
un esperpento de esos
que dan mareos.»

El *no Polcarpo*.—Además de ser inocente como una alondra, no está
muy versificada que digamos.

Sr. D. R. R.—Madrid.—«La herida mortal que en mi pecho hiciste
con tus ojos de fuego niña hechicera...
se cicatrizará cuando yo muera
y ya en mi vida mi corazón luto viste.»

Como usted ve, un soneto que empieza así no tiene remedio ni puede
publicarse en ninguna parte.

Herquías.—¿Le han aconsejado á usted eso varios alucinados? Pues ya
sé la alusión que tienen: la de tomar el pelo.

Cyrtazar.—Poca cosa y mediana.

ANUNCIOS

Lit. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36.

MADRID CÓMICO PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO E ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primer tramo.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DIAS DE DIEZ A CUATRO

EL MIRLO BLANCO



A mí me llaman Lepa.

—Y a mí Lepiño.

—Y a mí se me conoce por ser el hijo.

—Y decimos al mundo de buena gana:

¡Para Perfumerías la Americana!

Espoz y Hino, 25.



—Serán buenas las camisas de Martínez, San Sebastián, 2, que todas las costureras de la casa se casan sólo por eso con chicos de la aristocracia?



Al ir a freír un huevo me eché encima la aceitera, y manché el pantalón nuevo. ¡Qué suerte para Penquero, que es á quien yo se los llevo! Magdalena, 20.

HOMBRE PREVENIDO



—El año pasado no pude probar el turrón porque me dolían las muelas con el dulce; pero lo que es este año... ¡lo primero que voy á hacer es sacarme todas las muelas que me quedan y comprarme una dentadura inamovible en casa de Tiro y Pérez! Mayor, 78.

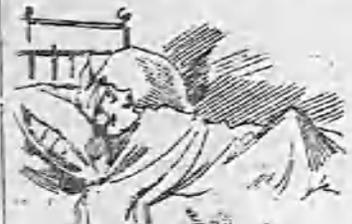
CANTAR



A servir al rey me llevan y no lloro por mi niña; lloro porque ya no puedo comer en las Tullerías. Mintufe, 6.



—Diga usted, padre José, si me muero siendo honrada, ¿qué recompensa tendré?
—Pues... una cama dorada que llevan del Bazar de la plaza de la Cebada, número 1.



—Tengo una camisa con vistas de hilo. ¡Me ha costado un duro!... Ya duermo tranquilo!

Arviz y Alonso, plaza de Sto. Domingo, 14.



Verás en Jaúja, si vas, que los que guardan ganado, prescindiendo del cayado, usan bastones de GRAS, que dan mejor resultado. Alcaá, 46, y Frisoles, 22.



Según el padre Mariana y otros ilustres varones, parecen estos colchones de pluma más que de lana.

Barquillo, 30.



—Es usted aficionado á la fotografía?
—Sí, señor.
—¿Ha comprado usted la máquina en casa de Irigoyen, Esparteros, 87?
—Sí, señor.
—¡Pues entonces tiene usted alma de artista!

ERETUMA

Se alivia á la primera untura, sin necesidad de masaje, y se cura con uno ó dos frascos de Bálsamo de Urine. La recomendación de paciente á paciente y cartas laudatorias de médicos de fama hicieron la propaganda de tan superior calmante. Póndalo en las farmacias de crédito. Por mayor á su autor, Bilibio, y M. Garcia, Madrid, Capellanes, 1.



Los deportados á la Siberia se salvaron de frío porque quieren, porque... ¡con comprar un traje de punto en casa de Tiro y Pérez!

Atocha, 75 y 7.

LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Medalla de oro, por sus Chocolates.

Medalla de oro, por sus Cafés.

Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTEA, 2, MADRID